

January 1987

Evangelización e Inculturación

S.S. Juan Pablo II

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Pablo II, S. (1987). Evangelización e Inculturación. *Revista de la Universidad de La Salle*, (14), 105-109.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Evangelización e Inculturación

S.S. JUAN PABLO II
Discurso del Santo Padre al
Pontificio Consejo para la
Cultura, enero 17 de 1987

Queridos hermanos en el Episcopado,
queridos amigos:

1. Con particular placer recibo, el quinto año consecutivo, al Pontificio Consejo para la Cultura. A cada uno y cada una, personalmente, doy la más cordial bienvenida. Saludo en vuestras personas a los representantes cualificados de los horizontes culturales tan numerosos y variados del mundo. Os doy las gracias por venir cada año a la Sede de Pedro, para dialogar fructuosamente sobre las situaciones de la cultura y de las culturas, a fin de explorar juntos las vías más aptas para el encuentro de la Iglesia con las mentalidades y las aspiraciones de nuestra época.

Al crear el Pontificio Consejo para la Cultura, hace cinco años, mi intención era traducir en un programa de acción común la voluntad originaria del Concilio Vaticano II, que miraba a promover el diálogo de salvación con las personas y sus ambientes. Os alentaba, en nuestras reuniones de años pasados, a buscar medios capaces de estimular en toda la Iglesia un impulso renovado, para que el diálogo Evangelio-culturas llegue a ser una realidad visible. Os invitaba a prestar una atención particular a los órganos más aptos para sostener este esfuerzo a la vez cultural y evangélico: los obispos y sus colaboradores, los institutos religiosos y sus iniciativas, las Organizaciones Internacionales católicas y sus proyectos culturales y apostólicos. En armonía con los otros organismos de la Santa Sede, vuestra finalidad primera es la de profundizar, de cara a la Iglesia universal y a las Iglesias particulares, lo que significa la evangelización de las culturas en el mundo de hoy, tarea inmensa y compleja, ciertamente, pero de importancia vital para la misión futura de la Iglesia.

2. Cinco años después, deseo expresar mi satisfacción por el trabajo que vosotros habéis logrado realizar. Hojeando vuestro boletín *Iglesia y Culturas*, publicado en numerosas lenguas, aparece claramente que habéis realizado ya un importante trabajo de consulta y de sensibilización entre las Conferencias Episcopales, los institutos religiosos, las Organizaciones Internacionales católicas, entre un gran número de centros culturales, privados o públicos, y entre Organismos Internacionales, como UNESCO y el Consejo de Europa.

Muchos Episcopados han respondido generosamente, creando servicios nuevos para promover un diálogo más incisivo con las culturas. Los religiosos y las religiosas han colaborado activamente en una consulta internacional, que demuestra su interés por la inculturación de su acción apostólica y la consolidación de la vida consagrada en el seno de las culturas en evolución. Las Organizaciones Internacionales católicas han establecido también relaciones fecundas con el Pontificio Consejo para la Cultura, al servicio de la promoción cultural y espiritual de los hombres y de las mujeres de hoy día.

Gracias a la cooperación activa de los miembros del Consejo Internacional, se han organizado congresos regionales sobre diversos problemas culturales que interesan a la Iglesia: en Notre Dame (Estados Unidos), en Rio de Janeiro, Buenos Aires, Munich, Bangalore. Otras Conferencias Internacionales se preparan en Europa, en Nigeria y en Japón. Os doy las gracias por este esfuerzo y este compromiso concretos. Vuestro Consejo Internacional asume así una significación eficaz, que me place destacar.

Y con toda seguridad, como lo demanda la Constitución *Regimini Ecclesiae*, os preocupa suscitar una colaboración fructuosa con los dicasterios romanos. Pienso, entre otras cosas, en vuestra contribución al documento sobre las sectas y movimientos religiosos.

3. Vosotros trabajáis, además, con la Congregación para la Educación Católica y con el Pontificio Consejo para los Laicos, en un proyecto sobre "La Iglesia y la cultura universitaria". Junto con todas las instancias interesadas en la Iglesia, obispos, religiosos, organizaciones diversas y personalidades laicas, tratáis de hacer más presente la Iglesia en los medios universitarios, por medio de su acción pastoral directa, y también por medio de una promoción más activa de los valores evangélicos en el seno de las culturas que se gestan en las universidades. Estos problemas merecen todos vuestros esfuerzos, y os animo vivamente a proseguir este importante trabajo emprendido en común. Un gran número de Pastores esperan luz y orientación, en un campo en el que están implicados innumerables estudiantes y profesores cristianos. La colaboración de todos los interesados en esta consulta sobre "La Iglesia y la cultura universitaria" permitirá que el conjunto de la Iglesia se beneficie de

la experiencia adquirida por las iniciativas de unos y otros, y por las reflexiones comunes sobre esta adquisición.

Hago, igualmente, votos para que la colaboración, ya entablada con la Comisión Teológica Internacional, se traduzca en resultados fecundos. Vuestra investigación conjunta sobre la fe y la inculturación responde a una demanda explícita del Sínodo Extraordinario de los Obispos, y será de gran importancia para la encarnación del Evangelio en el corazón de las culturas de nuestro tiempo.

Queridos amigos: Me siento obligado a dar las gracias sinceramente a todos aquellos y aquellas que se consagran con generosidad a la misión que yo he confiado al Pontificio Consejo para la Cultura, en beneficio de toda la Iglesia.

Encuentro efectivo del Evangelio con las culturas

4. Al felicitaros por las tareas realizadas, os pido que miréis el porvenir con mucha lucidez y esperanza. Permitidme sugerir **dos orientaciones principales** que deberían inspirar vuestros esfuerzos, vuestras investigaciones, vuestras iniciativas y la cooperación de todos aquellos con quienes estáis en relación.

Por una parte, os insto de nuevo a hacer madurar en los espíritus la urgencia de un **encuentro efectivo del Evangelio con las culturas vivas**. La separación entre Buena Noticia de Jesucristo y zonas enteras de la humanidad continúa siendo inmensa y dramática. Numerosos medios culturales continúan cerrados, herméticos, u hostiles al Evangelio. Países enteros están sometidos a políticas culturales que tienden a excluir o a limitar gravemente la acción de la Iglesia. Todo cristiano sincero sufre profundamente por estas trabas puestas a la proclamación de la Buena Noticia. En nombre de la promoción cultural de todos los hombres y de todas las mujeres, proclamada como un objetivo por las instancias internacionales, es importante hacer comprender a nuestros contemporáneos que el Evangelio de Cristo es fuente de progreso y de desarrollo integral para todos los hombres. Nosotros no hacemos violencia a ninguna cultura al proponerle libremente este mensaje salvífico y liberador.

Junto con todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad, compartimos un amor desinteresado e incondicional por cada persona humana. Incluso con aquellos y aquellas que no profesan nuestra fe, podemos encontrar un amplio espacio de colaboración para el progreso cultural de las personas y de los grupos. Las culturas de la actualidad aspiran ardientemente a la paz y a la fraternidad, a la dignidad y a la justicia, a la libertad y a la solidaridad. Este es un signo de los tiempos, ciertamente providencial que, veinte años después de la Encíclica **Populorum Progressio** de mi predecesor Pablo VI, debe animarnos a identificar las vías de una solidaridad nueva entre las personas, las familias espirituales, los centros de reflexión y de acción. Preguntémonos con valentía: Nosotros los cristianos ¿hemos hecho realidad suficientemente

la creatividad cultural recomendada por la *Gaudium et Spes*, para acelerar el encuentro efectivo de la Iglesia con el mundo de nuestro tiempo? ¿No debemos estar más atentos al discernimiento, ser más creativos, más resueltos en nuestras empresas de evangelización, más dispuestos también a las colaboraciones indispensables en este vasto campo de la acción cultural asumida en nombre de nuestra fe?

Reflexión sobre la inculturación

5. Esto me conduce a hablar de nuevo, para insistir en ello, sobre ese objetivo igualmente central en vuestro trabajo y que constituye el objeto de vuestra reflexión común con la Comisión Teológica Internacional: el de la **inculturación**. Yo mismo he abordado el tema en muchos de mis recientes viajes apostólicos. Pues este neologismo encierra una apuesta capital para la Iglesia, sobre todo en los países de tradiciones cristianas. Al entrar en contacto con las culturas, la Iglesia debe acoger todo lo que en las tradiciones de los pueblos es conciliable con el Evangelio para aportarles las riquezas de Cristo y para enriquecerse ella misma con la sabiduría multiforme de las naciones de la tierra. Vosotros lo sabéis: la inculturación coloca a la Iglesia en un camino difícil, pero necesario. Por tanto, los Pastores, los teólogos y los especialistas de las ciencias humanas tienen que colaborar estrechamente a fin de que este proceso vital se desarrolle en beneficio, tanto de los evangelizados como de los evangelizadores, y para que se evite toda simplificación o precipitación, que conduciría a un sincretismo o a una reducción secularizada del anuncio evangélico. Proseguid animosamente vuestra investigación serena y profunda sobre estas cuestiones, conscientes de que vuestros trabajos servirán a muchos en la Iglesia y no sólo en los llamados "países de misión".

Efectivamente, no os dedicáis a un ejercicio intelectual abstracto, sino a una reflexión al servicio directo de la pastoral, comprendidas las naciones de la tradición cristiana, donde se está instaurando poco a poco una "cultura" marcada por la indiferencia o el desinterés por la religión. Junto con todos mis hermanos en el Episcopado, reafirmo con insistencia la necesidad de movilizar a toda la Iglesia para un esfuerzo creativo en orden a una **nueva evangelización de las personas y de las culturas**. Pues sólo gracias a un esfuerzo concreto la Iglesia se pondrá en condiciones de llevar la esperanza de Cristo al seno de las culturas y de las mentalidades actuales. Sepamos encontrar el lenguaje que llegue a los espíritus y a los corazones de tantos hombres y mujeres que aspiran, quizás sin saberlo, a la paz de Cristo y a su mensaje liberador. Este es un proyecto cultural y evangélico de primera importancia.

6. Sin dejaros frenar por las dificultades inherentes a una misión así, proseguid incansablemente promoviendo las colaboraciones voluntarias necesarias para que obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos, organizaciones culturales y educativas, se empeñen con este espí-

ritu apostólico de diálogo, querido por el Concilio Vaticano II, reafirmado con tanta nitidez por el Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985, y actuado en iniciativas como la Jornada de oración por la paz en Asís.

Os aliento de modo muy particular a proseguir vuestros esfuerzos para comprometer a los laicos en esta tarea. Ellos están, efectivamente, en el corazón de las culturas que impregnan la sociedad moderna. En gran parte, depende de ellos que el Evangelio de Cristo sea el fermento capaz de purificar y de enriquecer las orientaciones culturales que decidirán el futuro de la familia humana. De cara al próximo Sínodo de los Obispos, dedicado al apostolado de los laicos, vuestra contribución presenta un interés particular.

En signo de mi afecto y de mi reconocimiento, y en prenda de la gracia del Señor, os doy a cada uno y cada una personalmente mi bendición.